paldando a México, nuevas usurpaciones del lado del Norte". Sería tiempo de contrabalancear el poderío de los Estados Unidos de Norteamérica, que tendía a tornarse excesivo,* mediante la creación de un bloque latino y católico. Por otra parte, México, "dotado de todas las ventajas de la naturaleza", ofrecería una salida importante para el comercio al explotar sus propias riquezas y "prestaría grandes servicios a nuestras fábricas al extender sus cultivos de algodón". Napoleón no perseguía un objetivo egoísta. "No busco sino el bien, convencido de que, tratar de convertir en próspero a un pueblo, es trabajar por la prosperidad de todos". Era ésa su doctrina de sansimoniano que, por lo demás, intentaba aplicar dondequiera.

Le exponía a Flahaut cuál había sido hasta ese momento su actitud respecto de México. "Desde hace muchos años, personas importantes de ese país habían venido a verme para pintarme su desdichado estado y pedirme mi apoyo, diciendo que sólo una monarquía podría restablecer el orden en un país desgarrado por las facciones. A pesar de mi simpatía, les respondía que no tenía yo ningún pretexto para intervenir en México... que nos arriesgaríamos a malquistarnos con los Estados Unidos de Norteamérica. Actualmente, acontecimientos imprevistos han venido a cambiar la faz de las cosas..."

Dos acontecimientos imprevistos: primero, la guerra civil de los Estados Unidos de Norteamérica. Así, pues, los gobiernos del Norte y del Sur, ocupados en el interior, le prestarían menos atención a lo que sucediera fuera de sus fronteras. Y el Sur, que intenta alianzas en Europa, ¿no se inclinaría a dejar actuar en México a un país que lo sostendría?

Y luego, "los ultrajes del gobierno mexicano" que le vinieron a dar a Inglaterra, a España y a Francia "razones legítimas" para una intervención. Ya no se trataba, ahora, de una simple expedición para obtener reparación de daños materiales causados a algunos comerciantes. Napoleón III veía allí una vasta operación política que debía emprenderse. Pero, ignorando sin duda las palabras de Maquiavelo: "No hay que fiarse de las promesas de los emigrados", le daba crédito a lo que le decían los mexicanos de París: "Desde el momento en que aparecieran las escuadras en Veracruz, afirmaban, un partido considerable estaba listo para apoderarse del poder, para convocar una Asamblea Nacional y para proclamar la monarquía". Muy respetuoso de la soberanía popular, pensaba que ésta,

* ¿No es el mismo móvil que empujó a la U.R.S.S. al asunto de Cuba?

en primer lugar, debía pronunciarse. Después, ya se vería. ¿El candidato del pueblo mexicano? Por el momento no lo había. Sería preciso escoger y proponer "a un príncipe animado del espíritu del tiempo, dotado de suficiente inteligencia y firmeza para fundar un orden de cosas duradero en un país conmovido por tantas revoluciones". Además, sería necesario que este príncipe "no hiriera las susceptibilidades de las grandes potencias marítimas". En suma, Napoleón adelantó, "confidencialmente", el nombre del archiduque Maximiliano. Esta idea, dijo, ha sido aceptada "con alegría" por el pequeño comité de los mexicanos residentes en Francia. "Las cualidades del príncipe, su alianza, por su mujer, con el rey de los belgas, lazo natural entre Francia e Inglaterra, y el hecho de pertenecer a una gran potencia no marítima, todo esto me ha parecido que responde a todas las condiciones deseables". A todas estas razones muy valederas, el emperador añadía la última: "Por mi parte, he creído que era de buen gusto de parte mía proponer como candidato eventual a un príncipe que pertenece a una dinastía con la cual estuve recientemente en guerra..." Este gesto que presentaba bajo un aspecto caballeresco, ocultaba una segunda intención. Pensaba perfeccionar la unidad italiana porque, allende las montañas, se le reprochaba violentamente haber faltado a su palabra: "Italia libre de los Alpes en el Adriático". Del asunto de México podría sacarse algún medio para arrancar a Venecia del dominio austriaco.

Los agentes italianos habían adivinado el juego del emperador. Uno de ellos, Vimercati, le escribirá pronto a su gobierno: "El trono de México ofrecido a Maximiliano de Austria es una concesión de la que Su Majestad cuenta con prevalerse para proponerle cuando sea tiempo al gabinete austriaco la cesión de Venecia". Y Nigra, embajador del Piamonte en París, amigo de la pareja imperial: "El espectro de Venecia yerra por las salas de las Tullerías. Es este espectro el que tomó la mano de Napoleón III y le hizo firmar la orden de derrocar a Juárez para hacerle lugar al archiduque Maximiliano".

El ministro Thouvenel juzgaba posible la combinación. "Austria posee suficientes archiduques para darle uno a los mexicanos, y por lo que toca a nosotros, no tendríamos ninguna objeción que hacer respecto de ello. ¡Quién sabe si una combinación de esta clase ayudaría al arreglo de la cuestión de Italia!" (26 de septiembre de 1861, a Flahaut).

Al mismo tiempo que Flahaut, Napoleón le escribió al rey de los belgas, Leopoldo, consejero escuchado de la reina

de Inglaterra y suegro de Maximiliano, que podría actuar doblemente. Le pedía en primer lugar apoyar a Flahaut cerca de la reina Victoria.

*
* *

Napoleón expresaba consideraciones todavía lejanas a sus ojos. Pero los emigrados se agitaban para convertirlas en realidad. Gutiérrez continuaba sus gestiones: Metternich continuaba de vacaciones, así pues, aquél hostigaba a su suplente, el conde de Mulinen. La emperatriz lo sostenía con tal ardor, que él la comparaba con Isabel la Católica. "Si una mujer española había llevado a cabo la conquista de América, otra mujer, igualmente española, mandaría hacer el descubrimiento moral de una de las más bellas partes del continente". La comparación era de aquellas que podían halagar de la mejor manera a Eugenia. ¿Fue gracias a ella, a su influencia, por lo que Napoleón consintió en que se comunicara a Viena su carta a Flahaut? El 19 de octubre de 1861 el embajador de Francia era "autorizado para entregarle confidencialmente al conde de Rechberg" una copia de este documento.

Este acto comprometía a Napoleón, y mucho más allá del punto a donde deseaban llegar los gobiernos inglés y español. Por el momento, las tres potencias estaban de acuerdo respecto de la necesidad de intervenir en México con un objetivo estrictamente limitado. El 30 de octubre de 1861, firmaron, después de muchas dificultades, un convenio que fijaba la acción común: demostración naval en las costas de México con ocupación de algunos puntos del litoral con miras al control de las aduanas. Una cláusula autorizaba a los comandantes de los cuerpos expedicionarios "a llevar a cabo las demás operaciones que se juzgasen en aquellos mismos lugares propias para llevar a efecto el objetivo especificado o para asegurar la seguridad de los europeos".

Después los tres aliados firmaron un tratado en Londres, ya que desconfiaban los unos de los otros. Los ingleses, que no deseaban oir hablar de un cambio de régimen en México, se limitaban a exigir reparación por los daños sufridos. Los españoles juzgaban que en caso de restauración monárquica, se imponía una candidatura española. Pensaban en el duque de Montpensier, hijo de Luis Felipe y marido de la infanta Luisa Fernanda, lo que disgustaba a Napoleón, enemigo de los Orleáns. En cuanto a él, ya se sabía en toda Europa que había

tomado partido por el archiduque. Así, ya se perfilaban los antagonismos, dejando prever la política futura de las tres potencias.

*
* *

Desde ese instante, todo se puso en movimiento. Pero, contrariamente a los acuerdos tomados en común, y mientras que nadie se lo esperaba, el contingente español (seis mil hombres) desembarcó el 17 de diciembre de 1861. Lo que produjo cierta preocupación en Francia cuando llegó allí la noticia. El cuerpo expedicionario francés (dos mil quinientos hombres) bajo las órdenes del almirante Jurien de la Gravière llegó hasta el 2 de febrero de 1862. Los ingleses se contentaron con enviar una escuadra reducida con un cuerpo de setecientos hombres de infantería de marina. Los jefes militares deberían, una vez en tierra, entenderse con los encargados de asuntos a fin de determinar la cifra de las indemnizaciones y de redactar la nota que debería ser remitida al gobierno mexicano.

Mientras que las tropas aliadas hacían rumbo a México, el archiduque Maximiliano había aceptado la corona ofrecida por los emigrados, y tomado, con su hermano, disposiciones en vista de la partida. Le había escrito el 2 de enero de 1862 una carta personal a Napoleón III, en donde le expresaba, en cálidos términos, su gratitud hacia el emperador y la emperatriz, quienes, después de haber suscitado su candidatura, la habían sostenido con tanto ardor. Una vez terminadas las efusiones, abordaba tres cuestiones que Napoleón había planteado en el curso de una conversación con el príncipe de Metternich: en primer lugar, la de un préstamo de veinticinco millones de pesos fuertes para el que solicitaba el apoyo del emperador. Luego, la del transporte del nuevo emperador de México. Francisco José había prometido que éste partiría a bordo de un navío de guerra austriaco. Finalmente la del ejército mexicano. Maximiliano juzgaba necesario estar rodeado "de una fuerza armada de él" a fin de no encontrarse "a merced de los generales mexicanos, acostumbrados a la anarquía". Deseaba, pues, hacerse acompañar de un pequeño cuerpo compuesto de hombres alistados en Europa, que "llevarían la escarapela y la bandera mexicanas, cuyos vacíos serían poco a poco llenados por mexicanos, y que formarían de esta manera el núcleo de un ejército nacional". Al terminar, el archiduque insistía sobre este punto: aceptaba la corona, pero a condición de que la nación mexicana manifestara claramente su deseo de tenerle

por soberano. Esperaba, decía, que su manera de ver las cosas sería "conforme a las miras sabias y elevadas de aquél de quien me glorío de ser discípulo".

En las Tullerías, en Viena, en Miramar, se daba la cosa como hecha. No obstante, Metternich, en una carta a Rechberg, se mostraba reservado. "¿Cuántos cañonazos serán necesarios para darle un emperador a México y cuántos para sostenerlo allí?" Pero la suerte estaba echada.

VI

EL EMPERADOR DE LOS FRANCESES LE ABRE EL CAMINO AL EMPERADOR DE MÉXICO

CUANDO LOS REPRESENTANTES de las tres potencias aliadas se encuentran en Veracruz para fijar el monto de las reparaciones que le exigirán al gobierno de Juárez, inmediatamente surgen dificultades. Inglaterra reclama ochenta y cinco millones, España cuarenta y Francia ciento treinta y cinco, comprendiendo esta última cifra sesenta millones por los daños causados en lo que respecta a los franceses (hay veintitrés), y setenta y cinco millones que es el monto de las exigencias del banquero Jecker. Protestan los ingleses y los españoles: se juzga exagerada la primera suma y rechazan la segunda, argumentando que allí se trata de un crédito usurario declarado "vergonzoso" por el representante británico, y que por lo demás no era francés, ya que Jecker era suizo y todavía no se naturalizaba.

Mal se anuncian las discusiones y el acuerdo parece lejano. Sin embargo, es necesario proceder de prisa. El clima de Veracruz es malsano. De los pantanos se exhala una humedad que provoca fiebres y de allí a poco hará estragos el temible *vómito negro*. Ya el estado sanitario de los contingentes empieza a causar inquietud. Los plenipotenciarios logran entenderse a lo menos sobre un punto: Intentar obtener de Juárez campamentos en una región más salubre, es decir, elevada y alejada de la costa. Se le encarga a Prim la negociación.

Impresionado por el desembarco de los aliados, Juárez se muestra conciliador. Admite el principio de la discusión acerca de la reparación de daños, acepta la demanda presentada por Prim, y luego señala algunos campamentos: Orizaba, Tehuacán,